

UN EJERCICIO EDIFICANTE A PROPÓSITO DEL DISCURSO
“LA CONFIRMACIÓN EN EL HOMBRE INTERIOR”
<http://doi.org/10.54354/AUVV8776>

Leticia Valadez
Sociedad Iberoamericana de Estudios Kierkegaardianos

Resumen

En este escrito se presenta una interpretación del discurso de 1843, “La confirmación en el hombre interior”. Se muestra la relación entre sus partes con el tema de la Paternidad Divina y también con otras temáticas tratadas en otras obras del filósofo danés. También se resaltan algunos momentos edificantes del discurso, que dan consuelo en la tantas veces atribulada vida humana, una vida que busca desesperadamente una fuerza que dote de sentido su existencia, una fuerza que, según Kierkegaard, sólo puede provenir del amor de un Padre celestial.

Palabras clave: Fortalecimiento, ser interior, pureza de corazón, Dios Padre, San Pablo.

Abstract

This paper presents an interpretation of the 1843 discourse, “Strengthening in the Inner Being”. It shows the relationship between its parts and the theme of the Divine Paternity, as well as, with other topics treated in other works of the Danish philosopher. It also highlights some edifying moments in the discourse, which give comfort in the so often troubled human life, a life that desperately seeks a strength to give meaning to its existence, a strength that, according to Kierkegaard, can only come from the love of a heavenly Father.

Keywords: Strengthening, inner being, purity of heart, God the Father, St. Paul.

Leer un discurso edificante de Kierkegaard siempre es una experiencia única, sin importar cuántas veces se lea. El lector se sorprenderá al descubrir que las lecturas sucesivas no son nunca iguales a la primera. En principio, no se trata de estudios académicos y, por lo tanto, lo que uno recibe no es tan

informativo como transformador. E incluso si se tratara de un acercamiento producto de la mera curiosidad o casualidad, el “oyente” sincero de Kierkegaard no quedará decepcionado porque con toda seguridad podrá encontrar algo que le dice directamente a él de manera individual; y lo que es más, “el destinatario lleva a cabo lo grandioso: hacer que lo corruptible del discurso resucite para lo incorruptible”¹.

Kierkegaard afirmó de varias maneras que la publicación de estos escritos religiosos no tenía la intención de llamar la atención sobre ellos, ni sobre sí mismo; que no tenían un propósito educativo sino edificante; que no iban dirigidos a un público de académicos o críticos especializados. Estas ideas se repiten –palabras más, palabras menos– en los prólogos a los *Discursos edificantes* donde afirma que son discursos que buscan a un lector benévolo y bien dispuesto que con paz y sosiego los lea, de preferencia, en voz alta:

he elegido una tarea menor (...) la tarea de querer comprender a un ser humano enteramente individual (...) guardo un solo deseo (...) el deseo de ser comprendido por un ser humano enteramente individual, por aquel a quien con alegría y agradecimiento llamo lector mío, sin ocultar el hecho de que él, aceptando ser lector mío, hace más por mí de lo que yo, escribiendo para él hago por él”².

En este escrito presento una interpretación personal del discurso de 1843, “La confirmación en el hombre interior”. Intento mostrar la relación entre las partes que lo componen: la oración inicial, la descripción de la figura del apóstol Pablo prisionero en Roma, y los ejemplos que da Kierkegaard de algunas de las variadas situaciones existenciales en las que es propicio encontrar el ser interior y descubrir aquello que lo confirma y fortalece, y cómo dichas partes se dirigen al tema de la Paternidad Divina, así como su conexión con otras temáticas tratadas en otras obras del filósofo danés. Como no es una lectura académica, no pretendo dar una nueva teoría, sino simplemente resaltar algunos momentos edificantes del discurso, que me parece pueden dar consuelo en la atribulada vida humana. Así mismo, considero que en una época muchas veces hostil e indiferente a lo religioso, vale la pena considerar que la fuerza y la confirmación que

¹ Søren Kierkegaard, “Tres discursos edificantes (1844)” en *Escritos de Søren Kierkegaard*, Vol. 5, trad. de Darío González, Madrid: Trotta, 2010, p. 237 / SVI IV 121.

² Søren Kierkegaard, *Diarios, Volumen V, 1842-1844*, Colección Papeles de Kierkegaard, trad. de F. Nassim Bravo Jordán, México: Universidad Iberoamericana, 2017, pp. 335-336. / Pap. IV B 143.

se busca, en ocasiones, de manera exclusiva en lo mundano y efímero no puede ser suficiente, y que en realidad, un verdadero fortalecimiento sólo puede provenir, como lo muestra Kierkegaard, de eso que con frecuencia se rechaza y que en todo momento se puede encontrar en el ser interior del ser humano: el amor de un Padre celestial que se entrega totalmente en los dones que nos da.

I. La oración introductoria. “Fader i Himlene!”

Entre 1843 y 1844 Kierkegaard publicó un total de dieciocho discursos edificantes distribuidos en seis series. El discurso que nos ocupa –“La confirmación en el hombre interior”³– es el tercero de la serie *Tres discursos edificantes* de 1843. Los dos primeros llevan el mismo título: “El amor cubre la muchedumbre de los pecados” y se distinguen del tercero, no sólo en referirse a un texto bíblico diferente, –el capítulo 4, versículos 7 al 12 de la Primera Epístola de Pedro– sino que no cuentan con una oración introductoria. Considero que en el tercer discurso la oración funciona, en cierta medida, como preparación de una atmósfera adecuada para el inicio de la reflexión, pero además como un resumen temático poético-religioso, por llamarlo de alguna manera, del propio discurso, pues en ella los temas del discurso se insinúan de manera sutil. Sin embargo, en esencia se trata de una oración, una plegaria, un rezo como de ordinario se entiende en

³ El título original en danés es *Bekræftelsen i det indvortes Menneske* que literalmente se traduce como “La confirmación en el hombre interior”. En relación a las posibles traducciones del término *Bekræftelse*, ver las notas de Christopher Barba para la traducción que se publica en este número de *Estudios Kierkegaardianos*. Para este escrito, en general, he preferido referirme a *Bekræftelse* como *fortalecimiento*, siguiendo la traducción más recurrente y común, al español y al inglés, del texto de San Pablo sobre el que Kierkegaard está reflexionando en este discurso (Ef 3, 16), que además considero ayuda a una posible interpretación del discurso: “Que [el Padre] os conceda, según la riqueza de su gloria, que seáis *fortalecidos* por la acción de su Espíritu en el hombre interior” (*Biblia de Jerusalén*); “Que Él se digne, según la riqueza de su gloria, *fortalecer* en ustedes, por su Espíritu, al hombre interior” (*Biblia Latinoamericana*); “Para que, conforme a las riquezas de su gloria les conceda *fortalecerse* firmemente en el hombre interior mediante su Espíritu” (*Sagrada Biblia* Universidad de Navarra); “That according to the riches of his glory he may grant you to be *strengthened* with might through his Spirit in the inner man” (*RSV-CE*); “I pray that out of his glorious riches he may *strengthen* you with power through his Spirit in your inner being” (*NABRE*); “That he would grant you, according to the riches of his glory, to be *strengthened* with might by his Spirit in the inner man” (*KJV*), por poner unos ejemplos. (Énfasis míos).

sentido religioso: los fieles de una religión, las personas con algún tipo de vida religiosa hacen oración y así es como se dirigen a Dios.

En la tradición cristiana, comúnmente la oración se entiende como una conversación entre personas, de modo que ya sea en silencio o a viva voz, el que ora, habla con Dios. Es una conversación en la que el ser humano habla desde lo más profundo o, dicho de otro modo, desde su ser interior; es una conversación que, cuando es sincera, puede revelar emociones muy diversas como muy bien lo expresa Teresa de Lisieux: “Para mí, la oración es un impulso del corazón, una simple mirada hacia el cielo, un grito de gratitud y de amor en medio de la prueba o en medio del gozo”⁴. No es, por tanto, una mera meditación interna y solitaria del yo consigo mismo, sino con un Otro y por eso el que hace oración, con frecuencia inicia nombrando a ese alguien con quien habla, llamándolo de alguna manera al emprender el diálogo. Es común que en su plegaria, el creyente cristiano clame: “¡Abba, Padre!”⁵, aunque también ya en el Antiguo Testamento el profeta Isaías se refirió a Dios como Padre del pueblo de Israel: “¡Pero Tú eres nuestro Padre! Aunque Abraham ya no nos conozca, e Israel nos ignore, ¡Tú, Señor, eres nuestro Padre, nuestro Redentor!”⁶; “Señor, Tú eres nuestro Padre; nosotros, el barro, Tú nuestro alfarero, y todos nosotros la obra de tus manos”⁷. También así es como Jesús enseña a orar a sus discípulos: “Ustedes oren así: Padre nuestro que estás en los cielos (...)”⁸. Y de igual manera inicia y concluye Kierkegaard su oración en este discurso edificante: “¡Padre del cielo!” y “¡Padre nuestro, Tú, que estás en el cielo!”⁹

Cuando decimos “Padre”, afirma San Agustín, el nombre mismo suscita el tema del amor, pues ¿qué puede ser más querido que los hijos para un padre? Y ¿qué no dará el Padre a sus hijos cuando le hagan una petición, Él que les concedió primero que sean sus hijos?¹⁰. De ahí que, teniendo en cuenta todos esos antecedentes, la oración tendría que ser una de las manifestaciones más claras de la confianza que un hombre tiene en Dios, la seguridad de que el Padre siempre escucha a sus hijos; la certeza de que lo que viene de Dios siempre es bueno. Sin embargo, en la vida ordinaria, el orante

⁴ Teresa de Lisieux, *Historia de un alma*, Madrid: San Pablo, 2021, C, 25 r, p. 291.

⁵ Cfr. Ga 4, 6; Rm 8, 15.

⁶ Is 63, 16.

⁷ Is 64, 7.

⁸ Mt 6, 9. Cfr. Lc 11, 2.

⁹ Søren Kierkegaard, “La confirmación en el hombre interior”, trad. de Christopher Barba, *Estudios Kierkegaardianos. Revista de Filosofía*, no. 9, 2023 / SVI III 296.

¹⁰ Cfr. San Agustín, *de sermone Domini*, 2, 4 citado en Tomás de Aquino, *Catena Aurea*, Londres: Aeterna Press, 2014, p. 193.

debe estar muy atento a lo que dice en su diálogo con Dios y no permitir que su oración se convierta en una simple práctica religiosa con poco significado existencial. La oración, como se ha dicho, tiene que ser un diálogo sincero y no una repetición de palabras quizás hasta mecánica e irreflexiva que no repare en su significado, importancia y amplitud. Teniendo esto en cuenta, habría entonces que detenerse y pensar qué quiere decir un ser humano cuando se llama hijo de Dios, o cuando llama Padre a Dios. Si se reconoce lo que es Dios, quién es, su grandeza y poder, entonces el que dice las palabras y las entiende puede quedar desconcertado por la aparente oposición de los términos “Padre” y “Dios”. Por un lado, podría casi caer postrado al suelo con temor y temblor¹¹; y por otro, recapacitar y creer que ese mismo Dios todopoderoso, grandioso y aparentemente inalcanzable es un Padre, y como enseñó Jesús, “nuestro Padre” – verdades que de manera misteriosa se dan al mismo tiempo en Dios: ser Dios y, no obstante, ser Padre, es decir, ser amor¹². Un tema relevante en este discurso kierkegaardiano es justo la paternidad divina. Más adelante se verá que, así como empieza el discurso con esta oración hablando con el Padre, así termina, reflexionando sobre la figura del Padre celestial; y mucho de lo que se dice en medio sobre el fortalecimiento en el ser interior es consecuencia de esta feliz realidad y relación Padre-hijo.

A continuación, después de la proclamación filial, en la oración aparece un tema recurrente en los discursos kierkegaardianos, a saber, el de los dones buenos que vienen de Dios¹³. Aquí, en la oración del discurso, Kierkegaard alaba a Dios por la abundancia y generosidad de dones, mismas que escapan a la comprensión del corazón humano, pues cuando alguien pide, aunque no lo entienda o no lo parezca, sus peticiones siempre son atendidas, ya sea porque recibe lo que se pide o porque recibe algo que es mucho mejor de lo deseado originalmente, de donde se sigue que Dios conoce nuestras necesidades antes y mejor que nosotros. Durante el discurso se van mencionando con el estilo fenomenológico característico de Kierkegaard varios ejemplos de cómo el ser humano recibe continuamente dones buenos por parte de Dios, de cómo todo lo que viene de Dios es

¹¹ Como se relata al inicio del Apocalipsis: “Al verle, caí a sus pies como muerto.” Ap 1,17. Pues nadie puede ver a Dios y vivir. Cfr. Ex 33, 20.

¹² Cfr. 1 Jn 4, 8.

¹³ Cfr. *Dos discursos edificantes* (1843) / SV1 III 35-52; *Cuatro discursos edificantes* (1843) / SV1 IV 24-53, en los que se refiere a Sant 1,17: “Toda dádiva generosa y todo don perfecto vienen de lo alto y descienden del Padre de las luces”.

bueno, y cómo Dios sabe con anticipación lo que es necesario y superior para cada individuo.

En lo que podría interpretarse como las peticiones de la oración se incluye: 1) que se reciba la parte que a cada quien corresponda según la voluntad de Dios; 2) que se tenga la confianza de que todo don viene de Dios; 3) que la alegría que producen los placeres no sea motivo para un alejamiento u olvido de Dios; 4) que las penas o dolores no separen a Dios del hombre; 5) que cuando se tenga alegría, el ser humano vaya a Dios; 6) y que en el dolor, se quede con Él. 7) Y finalmente, que cuando la muerte esté próxima, no se le vea como fría y terrible, sino amable y benévola, como una mensajera de buenas noticias y portadora de un testimonio de Dios, nuestro Padre celestial¹⁴. Estas peticiones tienen que ver o corresponden a tres posibles situaciones existenciales: 1) la alegría y bienestar en la vida; 2) el dolor y la tribulación en la vida; 3) la inevitable mortalidad humana. Y lo que plantea Kierkegaard en el discurso es justo cómo poder enfrentarlas, y el papel que en todo ello juega la confirmación o fortalecimiento del yo interior en el ser humano.

II. *El apóstol Pablo. “Todo lo puedo en Aquel que me conforta”*¹⁵

Kierkegaard abre propiamente el discurso poniendo el ejemplo de San Pablo cuando éste se encuentra bajo arresto domiciliario en Roma¹⁶, tiempo en el que escribe la epístola a los Efesios. Y de manera muy interesante muestra el contraste entre el apóstol, lo que él representa: un hombre insignificante desde el punto de vista del mundo, un extranjero repudiado por su propio pueblo, abandonado y desposeído, un judío convertido al cristianismo, es decir, casi lo más bajo en la estructura social del momento; frente a Roma y lo romano: el imperio y la riqueza material, el esplendor y los placeres sensibles, el ruido y la vanidad, los horrores y los caprichos del poder¹⁷. Así las cosas, en sentido humano y en pocas palabras, Pablo no tiene nada; pero en sentido espiritual es poseedor de una enseñanza, y no cualquier enseñanza: se trata, nada más y nada menos, de la verdad divina. ¿En qué consiste esa “verdad”? En sus *Diarios*, Kierkegaard se refiere al cristianismo como un mensaje existencial, diferente a una doctrina

¹⁴ Cfr. Søren Kierkegaard, “La confirmación en el hombre interior” / *SVI* III 296.

¹⁵ Flp 4, 13.

¹⁶ Cfr. Ef 4, 1 y Hc 28, 11-31.

¹⁷ Cfr. Søren Kierkegaard, “La confirmación en el hombre interior” / *SVI* III 297.

filosófica, por eso cuando sólo “se discute sobre él como si se tratara de Platón, sobre cómo hay que entender este pasaje y aquel otro”, pero no se lleva a la propia existencia, se le convierte en una simple doctrina de pensamiento¹⁸. La verdad divina del cristianismo es un mensaje existencial y no una corriente filosófica más. Pero Pablo no sólo ha sido receptor de esa verdad existencial, es testigo directo de ella, pues le ha sido revelada¹⁹: “Porque (...) el Evangelio que yo les he anunciado no es algo humano; pues yo no lo he recibido ni aprendido de ningún hombre, sino por revelación de Jesucristo”²⁰. Desde esa perspectiva, Pablo es inmensamente rico y, aunque nadie en la ajetreada Roma repara en su existencia y, aunque vive en solitario aislamiento, él tiene la firme convicción de que, al final, su enseñanza triunfará en todo el mundo. Podemos hacer una analogía con Abraham; así como el llamado padre de la fe confía, contra toda esperanza, en la promesa divina de que su descendencia será tan grande como los granos de arena y las estrellas del cielo²¹, así con paciencia Pablo confía que su mensaje ganará a todo el mundo. De modo que, a pesar de que todo parece estar contra él, el apóstol no desfallece porque, como lo dice en su carta a los cristianos de Corinto:

ahora es el tiempo favorable, ahora es el día de la salvación. (...) nos acreditamos como ministros de Dios: con mucha paciencia, en tribulaciones, necesidades y angustias; en azotes, prisiones y tumultos; en fatigas, desvelos y ayunos; (...) como tristes, pero siempre alegres; como pobres, pero enriqueciendo a muchos; como quienes nada tienen, aunque poseyéndolo todo²².

Kierkegaard deja ver la importancia existencial del amor al prójimo pues, aunque pareciera que el apóstol prisionero es el necesitado de consuelo, es más bien él quien consuela a los otros; y puesto que está en buenos términos con Dios, recibe por parte Él el alivio, por lo que no se ocupa ya de sus propias tribulaciones; y para su propia paz y tranquilidad busca no ser la

¹⁸ Cfr. *Pap.* X2 A 119, 120 y 142.

¹⁹ Saulo de Tarso, fariseo y perseguidor de los cristianos (Cfr. Flp 3, 5-6), iba de camino a Damasco buscando discípulos de Jesús para arrestarlos, cuando de repente se vio rodeado de una intensa luz que lo hizo caer en tierra y escuchó una voz que le decía: “Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?” Quiso saber quién le hablaba, y la respuesta fue: “Yo soy Jesús, a quien tú persigues”. Cfr. Hc 9, 1-6.

²⁰ Ga 1, 11-12; Cfr. 1 Cor 15, 3-9.

²¹ Cfr. Gn 13, 16 y 15, 5.

²² 2 Cor 6, 2, 4-5, 10.

causa de los sufrimientos y preocupaciones de los discípulos de Éfeso; y por eso les escribe desde su cautiverio²³.

Para un apóstol –el que es seguidor y enviado de Cristo, el creyente–, dirá Kierkegaard unos años más tarde en uno de los discursos de “El evangelio de los sufrimientos”, el camino por el mundo “no es tan ligero como una danza, sino pesado y difícil”²⁴. Pablo es un prisionero en Roma y su penosa situación podría hacerle perder la fuerza, pero él tiene la fortaleza que da la fe, tiene la verdad que es la enseñanza que proclama y su vida es seguir el camino del Maestro, caminar el mismo camino.

...su vida [la de Cristo] fue de tal sacrificio que parecía como si estuviese muy cerca de todos los demás, pero lo más alejado de sí mismo. Pero si Él es de manera incondicional y eterna el modelo, entonces aprendamos de Él como Él mismo lo pide (Mateo 11, 29): “Tomen mi yugo y aprendan de mí” – aprendamos de Él a llevar cargas, las nuestras y las de otros²⁵.

Vale la pena aprender, continúa Kierkegaard, a encontrar alegría en la amargura del sufrimiento porque, imitando al modelo, se puede tener alegría en el momento mismo de la pena²⁶; si se es capaz de ejercitar este tipo de alegría interior, entonces se le puede otorgar al sufrimiento un valor que, aunque sea un misterio, tiene un sentido más profundo de lo que sólo se ve en la superficie. De ahí que, en su tribulación, Pablo tiene dos opciones, o bien dejar que la pena lo invada, desesperar, perder la fe y la esperanza; o vivir la tribulación y la prueba con un nuevo sentido. Esto me recuerda lo que en la Primera Carta a los Corintios describe como correr con rumbo por una corona incorruptible. Dice ahí que, entre los corredores o atletas, sólo uno gana el premio de la competencia; y para poder triunfar en su deporte tienen que hacer muchos sacrificios y pasar bastantes penalidades para al final alcanzar una corona corruptible. “Así pues, yo corro no como a la ventura, lucho no como quien golpea al aire, sino que castigo mi cuerpo y lo someto a servidumbre, no sea que, después de haber predicado a otros, quede yo descalificado”²⁷.

²³ Cfr. Søren Kierkegaard, “La confirmación en el hombre interior” / *SVI* III 298-299. “...pido que no se desanimen a causa de mis tribulaciones por ustedes. Ellas son su gloria”. Ef 3, 13.

²⁴ Cfr. Søren Kierkegaard, “El evangelio de los sufrimientos”, I, en *Discursos edificantes para diversos estados de ánimo*, trad. de Leticia Valadez, México: Universidad Iberoamericana, 2018, p. 228 / *SVI* VIII 306.

²⁵ Søren Kierkegaard, “El evangelio de los sufrimientos”, II, p. 243 / *SVI* VIII 319.

²⁶ Cfr. *Ibíd.*

²⁷ 1 Cor 9, 26-27.

De modo que, aunque Pablo tiene todo en su contra desde el punto de vista del mundo, él persevera y confía en sus tribulaciones y las toma como una prueba de que lo que está enseñando es verdad y, afirma Kierkegaard, esto es como un milagro: “transformar la desgracia en motivo de gloria (...); hacer de la causa perdida una causa victoriosa con toda la fuerza del testimonio”²⁸. Estos son los milagros que se pueden llevar a cabo para los que creen, como el hecho de que una carga pesada sea, después de todo, ligera. Así, en el segundo discurso de “El evangelio de los sufrimientos”, Kierkegaard se pregunta qué es más milagroso, si convertir agua en vino o el hecho de que una carga sea pesada, pero a la vez ligera, o que la carga que de suyo es pesada, se convierta en ligera. Y pone el ejemplo de unos amantes que se ven sorprendidos en una tormenta en el mar. Con gran sufrimiento él intenta salvar a la amada, pero está a punto de hundirse bajo su peso; todo parece indicar que los dos morirán ahogados, pues en sentido humano la carga es demasiado pesada. Pero en otro sentido, añade Kierkegaard, para el que ama, la carga es sorprendentemente ligera – y por raro que parezca, aquí no hay contradicción porque ésta es una verdad existencial. Ambos se encuentran al borde de la muerte, y ella es lo más pesado, pero él sólo quiere salvar la vida de su amor, y por eso para él es como si esa carga no fuera, en realidad, una carga²⁹. ¿De dónde viene esa fuerza? Muchas personas han quizás experimentado que en situaciones extremas se puede, en efecto, manifestar una fuerza física o mental, que en circunstancias normales no se daría; es en esos momentos cuando se es capaz de hacer lo imposible, aunque lo natural y lo inmediato sería decir “no puedo hacerlo”. En el ejemplo recién mencionado, es el amor, el deseo de rescatar a la amada lo que inyecta esa fuerza “sobrenatural”, por llamarla de alguna manera, en el amante.

Para ilustrar la idea anterior, quisiera ahora recurrir a un caso en la literatura. En la magnífica obra de J.R.R. Tolkien, *El Señor de los Anillos*, hay innumerables ejemplos de la lucha y la victoria humanas contra lo que parece imposible, y en las que de manera inesperada se da, como el mismo autor la llama, una eucatástrofe³⁰. Uno de ellos se encuentra en “El retorno

²⁸ Søren Kierkegaard, “La confirmación en el hombre interior” / *SVI* III 300.

²⁹ Cfr. Søren Kierkegaard, “El evangelio de los sufrimientos”, II, p. 245 / *SVI* VIII 320.

³⁰ “El valor ‘consolador’ de los cuentos de hadas ofrece otra faceta, además de la satisfacción imaginativa de viejos anhelos. (...) La *eucatástrofe* es la verdadera manifestación del cuento de hadas y su más elevada misión. (...) el consuelo de estos cuentos, la alegría de un final feliz o, más acertadamente, de la *buena catástrofe*, el repentino y gozoso ‘giro’ (...) toda esta dicha (...) no se fundamenta ni en la evasión ni en la huida. En el mundo de los cuentos de hadas (...) hay una gracia súbita y milagrosa (...); rechazan (tras numerosas

del rey”, en la narración del último tramo del viaje de los hobbits, Frodo y Sam, en dirección al Monte del Destino³¹. El cansancio de los valientes hobbits es indescriptible; Sam reconoce no poder soportar más, todo le duele, tiene la garganta seca y respirar es una acción difícil y dolorosa; los dos hobbits caen una y otra vez vencidos, aunque en medio de su miseria siguen luchando. Pero Sam reflexiona que sólo la muerte podrá quebrar su voluntad, que ya no desea un descanso, sólo necesita estar alerta y llegar al destino final. Por otro lado, Frodo ya no puede más y en un momento dado queda tendido en el suelo. Es en ese instante en el que Sam “recibe” esa fuerza que contra toda esperanza le permite levantar a Frodo sobre sus hombros y caminar cuesta arriba: “entonces notó sorprendido que la carga era ligera. Había temido que las fuerzas le alcanzaran a duras penas para alzar al amo, y que por añadidura tendrían que compartir el peso terrible y abrumador del Anillo maldito. Pero no fue así”³².

En el caso del apóstol Pablo narrado por Kierkegaard, se puede suponer que su vida, desde los parámetros del mundo, es la más miserable y triste en toda Roma; pero él tiene en su interioridad el testimonio más sublime de todo lo que pueda existir en el mundo; por eso podemos atrevernos a deducir que, a mayor oposición del mundo, mayor es el fortalecimiento del ser interior por el Espíritu de Dios. Y además, lo que Pablo tiene como testigo de Dios, lo que él es y lo que la totalidad de su vida demuestra, eso es lo que él desea para aquellos a quienes escribe: que sean fortalecidos (o confirmados) en su ser interior; no les desea bienes exteriores, efímeros o mundanos, porque –recordando otro discurso kierkegaardiano también podríamos concluir– eso sería tener el corazón dividido, y es de esperar que el apóstol busca la pureza de corazón, es decir, desear una cosa para sí mismo y también para los seguidores de Cristo. Éste es un tema ampliamente tratado por Kierkegaard en “Un discurso ocasional”, que de manera muy resumida se puede expresar diciendo que: desear una cosa es desear el bien y desear el bien es ser puro de corazón. Que, en su deseo por el bien, el puro de corazón está dispuesto a sufrir todo por el bien y a hacer todo por el bien, pues no se trata de una idea, es una decisión³³.

pruebas, si así lo deseáis) la completa derrota final, y es por tanto *evangelium*, ya que proporciona una fugaz visión de Gozo”. J.R.R. Tolkien, “Sobre los cuentos de hadas”, en *Árbol y Hoja y el poema Mitopoeia*, trad. de Julio César Santoyo y José M. Santamaría, Barcelona: Minotauro, 2002, pp. 83-84.

³¹ Cfr. J.R.R. Tolkien, *El Señor de los Anillos. III. El Retorno del Rey*, Libro VI, Cap. 3, trad. de Matilde Horne y Luis Domènech, Barcelona: Minotauro, 2002, p. 247.

³² *Ibíd.*, p. 249.

³³ Cfr. Søren Kierkegaard, “Un discurso ocasional” en *Discursos edificantes para*

En la validez de este mensaje existencial, del cual San Pablo es portador, no interviene la época o la situación; en el siglo I y en el siglo XXI los conflictos, las crisis y las dificultades de la vida siguen siendo parte del día a día de los seres humanos; y la necesidad humana, consciente o inconsciente, de lo absoluto o divino continúa siendo una constante de las preocupaciones existenciales. En cualquier tiempo y en cualquier circunstancia, nos asegura el filósofo danés, todos necesitan salvar su alma en ese fortalecimiento interior. Todos, en todos los períodos de la historia de la humanidad, tienen que atravesar por luchas y pruebas espirituales, angustias, soledad, tentaciones e impotencia³⁴. Considero que, en pocas palabras, todos en algún momento (o en varios) de nuestra vida, hemos de cruzar un desierto espiritual, y por eso resulta muy edificante poder meditar en qué consiste ese fortalecimiento en el ser interior. Y cuando se ha meditado y cuando en el silencio de la interioridad el hombre se encuentra, en un momento fugaz de lucidez, con el fundamento, con lo edificante, con lo que sostiene al edificio de la existencia, entonces a pesar de todo lo que en el mundo puede acontecer, se aprende a vivir ya sea en alegría o en sufrimiento, en pobreza o en abundancia; y acostumbrarse ya sea a la saciedad o a la escasez, a la salud o a la enfermedad, y es entonces cuando, junto al apóstol, puede decirse con pasión y con la certeza dada por la fe, que todo se puede en Aquel que reconforta³⁵, que consuela, que confirma y que fortalece.

III. Fortalecer el ser interior

A lo largo de los siglos, los filósofos han intentado responder a algunas de las preguntas más fundamentales, profundas y angustiantes que tienen que ver con el enfrentarse a la vida y a la muerte del ser humano: ¿por qué existo? ¿Adónde voy en mi existencia? ¿Cómo es que puedo llegar ahí? Y al

diversos estados de ánimo, trad. de Leticia Valadez, México: Universidad Iberoamericana, 2018, pp. 5-159 / *SVI* VIII 113-242. El obispo católico, Robert Barron, con frecuencia se refiere a Kierkegaard y a su definición de la pureza de corazón, por ejemplo, cuando reflexiona sobre la santidad y las bienaventuranzas como posibilidades reales de cualquier ser humano en situaciones cotidianas de la vida. Ser bienaventurado, afirma, es querer una sola cosa porque lo que nos hace infelices es tener el corazón dividido. Cfr. Bishop Robert Barron, “Your Life is Not About You” en *Bishop Barron’s Sunday Sermons*, YouTube, 1 de noviembre de 2020, Video, 4:37-5:54. <https://youtu.be/IGkeOsCpN9g?si=kY814tdsDGObcnMF> [consultado el 15 de octubre de 2023].

³⁴ Søren Kierkegaard, “La confirmación en el hombre interior” / *SVI* III 300.

³⁵ Cfr. Flp 4,12-13.

final, todo ¿para qué? En muchos casos las respuestas más definitivas a esas grandes interrogantes tienen que ver con un poder superior al ser humano, con la divinidad y con lo trascendente. En unas de las líneas más famosas de la filosofía y de la teología cristiana occidental, en sus *Confesiones*, San Agustín deja al descubierto esa necesidad del ser humano por lo superior, lo divino; una inquietud que no puede ser sanada por lo humano o terrenal:

Grande eres, Señor, y por entero loable (...)
Y con todo, alabarte quiere el ser humano,
mera porción de tu creación.
Tú le incitas a que le deleite alabarte,
porque nos has hecho para ti,
e inquieto está nuestro corazón hasta que descanse en ti³⁶.

Y por su parte, Kierkegaard proporciona en sus escritos religiosos respuestas semejantes que van en la línea del mensaje cristiano como consuelo existencial. Un ejemplo claro de ello es el discurso edificante que nos ocupa, el cual muy al estilo kierkegaardiano, y como se mencionó antes, es un recorrido fenomenológico circular –pues acaba donde empieza– de situaciones comunes en la existencia de los seres humanos.

En su consideración sobre la confirmación en el hombre interior, el filósofo danés describe varias experiencias existenciales: la del aturdido, la del frívolo, la del mundano, la del cobarde, la del ensimismado, la del afortunado, la del poderoso, la del sufriente, la del desdichado, la del preocupado, la del injuriado o la del que es probado espiritualmente³⁷. A partir de esos ejemplos, sus reflexiones intentan mostrar, por un lado, el descubrimiento de la interioridad, y por otro, la necesidad humana de algo que la fundamente para que, en los momentos decisivos y desde un punto de vista existencial, se pueda hacer frente a la vida y también a la muerte.

El lector puede irse identificando con más de uno de los ejemplos presentados, pues es cierto que las circunstancias van cambiando a lo largo de la vida, pero a final de cuentas todos pasamos por una u otra en algún momento. De este modo, por ejemplo, es posible que durante alguna etapa de su vida el individuo sea despreocupado con respecto a lo espiritual y que más bien esté distraído y entretenido con las frivolidades mundanas. En este caso es difícil poder tener una conciencia clara del yo interior y sus necesidades más profundas, pues el ruido exterior no permite que ese ser

³⁶ San Agustín, *Confesiones*, Libro I, 1, Madrid: Gredos, 2010, pp. 115-116.

³⁷ Cfr. Søren Kierkegaard, “La confirmación en el hombre interior” / *SVI* III 300-313.

interior se manifieste. Este estilo de vida puede ser un obstáculo cuando la existencia se encuentre frente a lo que conocemos como situaciones límite. “Pero tan pronto como un hombre considera la vida de una manera más razonable, entonces (...) planteará una interrogante solicitando una explicación, es decir, exigirá un testimonio”³⁸ y entonces recordará o reconocerá su interioridad; y si la muerte o Dios se le presentara de manera inesperada –como sucede al hombre rico de la parábola, que planea construir más graneros para guardar su abundante cosecha para poder después descansar y disfrutar³⁹–, entonces podrá estar preparado para que su alma rinda cuentas cuando éstas se le exijan, porque ya considera su vida con seriedad; porque ya es consciente de la presencia de su hombre interior.

Un ser humano puede acumular muchos y muy variados conocimientos, pero existencialmente necesita un conocimiento que dé sentido a su vida y que despierte su alma. Cuando el alma despierta, entonces se anuncia el ser interior; ese conocimiento se transforma en acción y es entonces cuando se exige un “testimonio que le aclare el sentido de todo, incluso su propio sentido, pero desde el Dios que sostiene todo en su eterna sabiduría (...) y que, con cada explicación ofrecida a cada hombre, fortalece su ser interior”⁴⁰. La preocupación del ser interior es la de un saber que no es indiferente porque todo él tiene que ver con el ser humano que ha descubierto esa interioridad. El ser interior busca conocer a Dios y a sí mismo. Y entonces percibe que todo lo que tiene que ver con Dios lo fortalece; y que como Dios es espíritu, entonces su testimonio es en el espíritu, es decir, en el ser interior⁴¹.

Algunos tienen la experiencia de una vida rodeada de prosperidad. Pero no todos la viven de la misma manera. El que la vive con frivolidad –sin reparar en el sentido de todo eso– no acude a su interior, no le preocupa nada y ni siquiera se pregunta de dónde le viene su buena fortuna. Por otro lado, el que tiene despierto el ser interior, tiene la preocupación de saber de dónde viene aquello y quiere saber a quién agradecer; su prosperidad es ocasión de preocupación, y mientras más se preocupa, más fortalece el ser interior. Porque el que tiene el mundo entero y agradece a Dios por ello, recibe el fortalecimiento en el ser interior; no está poseído por el mundo porque vive como si no lo tuviera; se alegra en Dios que es el auténtico dador de todo lo bueno que tiene y por eso duerme seguro y tranquilo.

³⁸ *Ibíd.* / *SVI* III 301.

³⁹ *Cfr.* Lc 16-21.

⁴⁰ Søren Kierkegaard, “La confirmación en el hombre interior” / *SVI* III 303.

⁴¹ *Cfr.* *Ibíd.*

Sabe que, si esa noche se le exigiera su vida, él estaría listo para darla, pues conoce bien su alma; la conoce mucho mejor que todo lo que pueda dejar en el mundo y que le sirvió como motivo para fortalecer su ser interior mediante una acción de gracias⁴².

Los que viven adversidades y son capaces de superarlas, tal vez puedan considerar que fueron sus propias fuerzas las que les dieron la victoria, pero entonces, a pesar del triunfo, no son fortalecidos en el ser interior porque se quedaron en lo exterior. Para recibir dicho fortalecimiento, el ser humano necesita entenderse a sí mismo, preocuparse por entenderse y sólo así, en esa preocupación, el ser interior se le anunciará y la adversidad le servirá para el fortalecimiento si en ella encuentra a Dios⁴³. Se da cuenta de que sólo es Dios quien verdaderamente puede dar la victoria. Todo parece indicar que Kierkegaard se refiere a una preocupación de la interioridad que ayuda a dar una adecuada dimensión a las preocupaciones externas que se tienen con las dificultades propias de la vida; una preocupación que ayuda a no perder la esperanza, una esperanza que se adquiere con la experiencia “por la que un hombre puede estar seguro de que obtendrá todo lo que espera. La Escritura afirma que esta experiencia es fruto de la tribulación espiritual”⁴⁴. El mundo –las preocupaciones externas– no puede quitar esa esperanza porque se adquiere en la tribulación y se fortalece en la tribulación. De modo que, por el sufrimiento aprendemos y aprendemos el bien que hay detrás de lo que se sufre. Se obtiene el mejor aprendizaje con el mejor instructor, pues quien aprende de Dios es fortalecido y aunque perdiera todo, ganaría todo⁴⁵.

Cuando el ser interior se revela en el hombre, éste tiene la necesidad de buscar a Dios y ya no le importan las traiciones, engaños o injurias de las que pueda ser objeto. Recordando las palabras del evangelio, Kierkegaard afirma que el que busca a Dios, siempre lo encuentra: “Pidan y se les dará; busquen y encontrarán; llamen y se les abrirá. Porque todo el que pide, recibe; y el que busca, encuentra; y al que llama, se le abrirá”⁴⁶. En definitiva, el que busca y ama a Dios es fortalecido en el ser interior y en ese amor se aprende a amar a los demás. Y si acaso los seres humanos le negaran su amor, esto mismo le ayudaría a encontrar a Dios. De modo que el rechazo

⁴² Cfr. *Ibíd.* / *SVI* III 305-306.

⁴³ Cfr. Søren Kierkegaard, “La confirmación en el hombre interior” / *SVI* III 308.

⁴⁴ *Ibíd.* / *SVI* III 310.

⁴⁵ Cfr. *Ibíd.*

⁴⁶ Mt 7, 7-8.

del mundo también hace que se encuentre y se busque a Dios⁴⁷. Por lo tanto, algo que podría parecer que debilita o menosprecia a un hombre es ocasión del fortalecimiento del ser interior.

Algunas veces, el que enfrenta una lucha espiritual da la apariencia de que todo va bien en su vida porque esto no es algo que necesariamente se note en lo exterior. Su alma está angustiada, aunque una posible fortuna externa oculte su sufrimiento interno. Y si además, en su preocupación, descubre el ser interior y también acepta la prueba con la seguridad que da la fe, entonces recibe el fortalecimiento. La aceptación de la prueba le sirve como fortalecimiento, pues el que cree en Dios es fortalecido: aprende que Dios lo ama, porque Dios, que es un Padre bueno, ama al que prueba⁴⁸. Esta imagen –del hombre preocupado y que a pesar de todo no muestra su intranquilidad– nos recuerda un poco al caballero de la fe imaginado por Johannes de Silentio en *Temor y temblor* que “;tiene todo el aspecto de un recaudador!”⁴⁹. En él no parece haber nada que dé señales de lo infinito; como cualquier burgués pasea los domingos en el parque, se muestra alegre e interesado en todo, come con franco apetito y nada en su aspecto general traiciona su interioridad. Sin embargo, “este hombre ha efectuado y cumplido en todo instante el movimiento infinito. (...) Se ha resignado infinitamente a todo para recobrarlo todo en virtud del absurdo”⁵⁰. Considero que podría afirmarse, en el lenguaje del discurso edificante, que el caballero de la fe ha sido fortalecido en su ser interior.

Al final de sus reflexiones, Kierkegaard deja ver que el fortalecimiento del hombre interior no depende ni de la prosperidad ni de la adversidad en la vida, ni sólo del hombre por sí mismo, ni de los demás. Todos pueden participar de ese fortalecimiento o confirmación, pero sucede como con la fe, que “una persona puede hacer mucho por otra, pero no puede darle la fe”⁵¹ y tampoco puede dársela a sí mismo, aunque con orgullo diga que él se formó solo y que no le debe nada a nadie. La fe, afirma el filósofo de Copenhague, es el bien supremo que sí es posible obtener deseándolo, pero que no se puede dar a otro deseándose, porque Dios –el único Maestro en esto– es quien da la fe y la felicidad a los hombres. Por eso, cada ser

⁴⁷ Cfr. Søren Kierkegaard, “La confirmación en el hombre interior” / *SVI* III 311.

⁴⁸ Cfr. *Ibíd.* / *SVI* III 313.

⁴⁹ Søren Kierkegaard, *Temor y temblor*, trad. de Jaime Grinberg, Buenos Aires: Losada, 1985, p. 54 / *SVI* III 90.

⁵⁰ *Ibíd.* / *SVI* III 91.

⁵¹ Søren Kierkegaard, *En la espera de la fe*, trad. de Luis Guerrero y Leticia Valadez, México: Universidad Iberoamericana, 2005, p. 45 / *SVI* III 20.

humano de manera individual debe deseársela⁵². Así también, “nadie puede darse a sí mismo ese fortalecimiento, pues el que recibe un testimonio no puede al mismo tiempo ofrecerlo [pues] el testimonio en sí mismo es ya un don de Dios”⁵³. El encuentro con esta interioridad devela que, en realidad, el personaje principal en todo el asunto es Dios. Se trata de una visión muy diferente a la de la cultura contemporánea que pone al ser humano como centro, fin y fuente de todo lo que le sucede; o lo que Robert Barron llama el enfoque ego-dramático de la vida, es decir, la obra egocéntrica que intentamos escribir, producir, dirigir y protagonizar nosotros mismos. Este enfoque se contrapone a lo que describe como el teo-drama, es decir, la gran historia contada por Dios, de la cual todos formamos parte; una historia mucho más interesante y apasionante, pues lo emocionante en la vida, continua, es descubrir cuál es nuestro papel, nuestra misión, nuestro propósito en ella⁵⁴. En 1835, como es bien sabido, el joven Kierkegaard se plantea este mismo problema, averiguar la finalidad y el sentido de la parte que le toca en esa gran historia, un compromiso existencial que el filósofo contrae cuando tan sólo cuenta con 22 años de edad; encontrar una verdad por la cual vivir y morir:

Lo que realmente necesito es tener claridad acerca de *lo que yo debo hacer* y no qué debo conocer, salvo en el caso que el saber deba preceder a la acción. Se trata de comprender mi propio destino, poder ver lo que realmente Dios quiere que *yo* haga. Lo importante es encontrar una verdad que sea una verdad *para mí*, de encontrar *la idea por la cual yo esté dispuesto a vivir y morir*⁵⁵,

una misión que, con los altibajos propios de la vida, Kierkegaard lleva a cabo hasta su muerte, siempre teniendo en cuenta que es un poder superior

⁵² Cfr. *Ibíd.*, p. 45-47 / *SVI* III 20-21.

⁵³ Søren Kierkegaard, “La confirmación en el hombre interior” / *SVI* III 313.

⁵⁴ Cfr. Bishop Robert Barron, “Give Up the Ego-Drama!” en *Bishop Barron’s Sunday Sermons*, YouTube, 19 de diciembre de 2021, Video, 1:00-2:18. https://youtu.be/4x_bIFDePJY?si=abkxGdChCRMelbAp [consultado el 20 de octubre de 2023].

⁵⁵ Søren Kierkegaard, “Gilleleje, D. 1° de agosto de 1835” trad. de Luis Guerrero M., en Luis Guerrero M. *¿Qué significa existir? Ensayos sobre la filosofía de Søren Kierkegaard*, Roma: IF Press, 2017, p. 17 / *Pap.* I A 75. En el capítulo titulado “Gilleleje Una verdad por la cual vivir y morir” de su libro, Luis Guerrero hace una exposición detallada del tema. Entre muchas otras cosas, dice que en el texto de Gilleleje, Kierkegaard muestra que “su alma tiene sed de esa verdad interior como los desiertos del agua (...), que señala (...) sus fallidos intentos; sin embargo, cuenta con algunos aspectos determinantes a su favor: una clara conciencia de su carencia y de aquellas cosas que lo alejan de su propósito, además del firme deseo de encontrar su destino”. Luis Guerrero M. *¿Qué significa existir? Ensayos sobre la filosofía de Søren Kierkegaard*, p. 25.

el que le ha fortalecido y guiado en cada paso. De modo que no se trata de una verdad inventada por el individuo, sino de eso que Dios ha pensado desde toda la eternidad para cada uno y que cada uno puede elegir y aceptar vivir. Y es posible que sea precisamente ese momento en el que individuo y Dios se encuentran en la interioridad lo que da el fortalecimiento, la confirmación de la existencia y el descubrimiento de la misión. Es ese el momento en el que el ser humano cae en la cuenta de que fue hecho para Dios y que su corazón estará inquieto mientras no descanse en él⁵⁶, porque sólo Él puede fortalecer su alma de verdad, porque el verdadero sentido de su vida consiste justo en buscar sin cesar ese descanso en Dios.

IV. La Paternidad Divina como reflexión final del discurso edificante

En la oración inicial del discurso edificante, Kierkegaard llama Padre a Dios: “¡Padre del cielo! Tú conservas en tu mano generosa todos los dones”⁵⁷. Y en las últimas páginas del discurso –refiriéndose al texto de San Pablo⁵⁸, ocasión de la reflexión– vuelve a la idea de Dios como Padre, de quien proviene todo don bueno y perfecto, de quien procede toda paternidad en los cielos y en la tierra, paternidad que es origen del fortalecimiento en el hombre interior; porque al revelarse el ser interior, se descubre el amor paternal de Dios. Esta es una revelación por demás maravillosa y extraordinaria como lo expresa el apóstol Juan en su primera carta: “Miren qué amor tan grande nos ha mostrado el Padre: que nos llamemos hijos de Dios, ¡y lo somos!”⁵⁹.

El título de “Padre” aplicado a Dios, afirma Kierkegaard, es el más sublime, el más hermoso, el más verdadero y el más significativo, pero no deja de ser una metáfora imperfecta porque se hace a partir de la experiencia terrena. Ni el mejor padre terrenal puede compararse con el Padre celestial: “Si ustedes, siendo malos, saben dar a sus hijos cosas buenas, ¿cuánto más su Padre que está en los cielos dará cosas buenas a los que se lo pidan?”⁶⁰.

⁵⁶ Cfr. San Agustín, *Confesiones*, Libro I, 1, Madrid: Gredos, 2010, p. 116.

⁵⁷ Søren Kierkegaard, “La confirmación en el hombre interior” / *SVI* III 296.

⁵⁸ “Me pongo de rodillas ante el Padre, de quien toma nombre toda familia en los cielos y en la tierra, para que, conforme a las riquezas de su gloria, les conceda fortalecerse firmemente en el hombre interior mediante su Espíritu. Que Cristo habite en sus corazones por la fe (...) para que se llenen por completo de toda la plenitud de Dios”. Ef 3, 14-17 y 19.

⁵⁹ 1 Jn 3, 1.

⁶⁰ Mt 7, 11.

La conciencia de la grandeza, sublimidad, hermosura, amor y verdad de este Padre se da cuando el ser interior concentra su atención en el dador y no en los dones. Entonces la alegría y la pena, la buena y mala fortuna, la indignancia y la victoria, todos ellos son dones porque lo importante y primordial aquí es el dador, el Padre celestial que se da a sí mismo con los dones, es decir, que está presente en cada don⁶¹. Sólo Dios, lo que ningún padre terrenal (ni siquiera el mejor) puede hacer, sólo Él comparte las alegrías por completo con el hijo; sólo Él escucha lo que se dice en secreto y lo comprende en su totalidad; sólo Él es fuerte plenamente y en todo momento cuando el hijo está abatido. “¡Oh, mi querido oyente! ¿Has comprendido esta bienaventuranza?, o mejor aún, ¿te ha recordado mi discurso lo que posees de manera más íntima, plena y dichosa (...)?”⁶². Ninguna fortuna, felicidad, favor recibido, preocupación, ofensa o tribulación le pueden arrebatar eso al hombre y todo ello es motivo de fortalecimiento en su ser interior⁶³.

Sin duda, el conocimiento interior de esta verdad hace fuerte al ser humano; cuando se sabe que se es un hijo protegido y amado por un Padre cuya misma esencia es el Amor, ¿qué se puede temer? El ser humano que tenga esta certeza, seguridad y confianza tendría que recordar con toda la seriedad de la existencia las palabras en el libro del profeta Isaías: “No temas, que te he redimido y te he llamado por tu nombre: tú eres mío”⁶⁴. ¿Cómo no ser fortalecido ante una relación de semejante intimidad? “Te llamo por tu nombre y tú eres mío”. Por eso mismo, el hecho de sí se vive o se muere, ya no debería ser motivo de angustia, pues como dice el apóstol, se vive para el Señor y se muere para el Señor; “porque vivamos o muramos, somos del Señor”⁶⁵. Por otro lado, esta convicción no soluciona o elimina los problemas y sufrimientos de la vida, porque como nos lo recuerda Kierkegaard continuamente en sus obras de comunicación directa y de comunicación indirecta, la vida no es fácil. La existencia es una lucha permanente, un continuo esforzarse y haber recibido la gracia en un momento dado no es algo definitivo y acabado de una vez por todas.

Piensa en un hombre al que se le promete la gracia, el clemente perdón de todos sus pecados, la misericordia de Dios – bueno, pero mañana será otro día, y pasado mañana, y tal vez viva 50 años. Ahora viene la dificultad, desde

⁶¹ Cfr. Søren Kierkegaard, “La confirmación en el hombre interior” / *SVI* III 313.

⁶² *Ibíd.* / *SVI* III 314.

⁶³ Cfr. *Ibíd.* / *SVI* III 315.

⁶⁴ Is 43, 1.

⁶⁵ Rm 14, 8.

ese instante en adelante ¿en todo instante es digno de la gracia? Ah, no. Entonces se necesita de nuevo la gracia en relación con la gracia. Lo más fácil es morir, lo difícil es vivir. En la gracia todo se condensa con intensidad – la situación de muerte vuelve a ser un momento. Pero cuando he de vivir, la decisión infinita vuelve a ser dialéctica, como en esta relación: que la gracia es necesaria en relación con la gracia. En otras palabras, la vida es un continuo esforzarse⁶⁶.

Así es con el fortalecimiento en el ser interior, también hay que esforzarse por la pureza de corazón, por desear una sola cosa para poder encontrar y reencontrar una y otra vez al Padre celestial en la interioridad. Porque, aunque Dios nunca olvida a su hijo, el hijo puede distraerse, dividir el corazón en sus deseos y perderse. Por eso hay que practicar sin cesar una fe que produzca frutos, un amor esforzado y una constante esperanza⁶⁷ y no fatigar al alma con paliativos temporales improvisados, no afligir al espíritu con consolaciones temporales; “a través de la esperanza, a través de la fe, a través del amor ganas lo más alto que el más poderoso pueda ganar – ¡estar con el bien en la decisión!”⁶⁸ para entonces ser puro de corazón; y bienaventurado el puro de corazón, porque verá a Dios⁶⁹. Bienaventurado, como nos dice Kierkegaard en su discurso, el que puede decir: “Dios fue mi primer amor”. Dichoso el beneficiario del fortalecimiento por ese amor. Dichoso el que, aunque se equivoque tantas veces en la vida, regresa una y otra vez a su Padre para que su ser interior sea renovado y, por lo tanto, fortalecido⁷⁰.

Bibliografía

Obras de Kierkegaard consultadas

Søren Kierkegaards Papirer, ed. de P.A. Heiberg, V. Kuhr y E. Torsting, Copenhague: Gyldendal, 1909-1938.

Søren Kierkegaards Samlede Værker, ed. de A.B. Drachman, J.L. Heiberg y H. O. Lange, 1ª ed., Copenhague: Gyldendal, 1901-1906.

Kierkegaard, Søren, *Diarios, Volumen V, 1842-1844*, Colección Papeles de Kierkegaard, trad. de F. Nassim Bravo Jordán, México: Universidad Iberoamericana, 2017.

⁶⁶ *Pap.* X2 A 198. (Mi traducción).

⁶⁷ Cfr. 1 Ts 1, 3.

⁶⁸ Søren Kierkegaard, “Un discurso ocasional”, p. 106 / *SVI* VIII 198.

⁶⁹ Cfr. Mt 5, 8.

⁷⁰ Cfr. Søren Kierkegaard, “La confirmación en el hombre interior” / *SVI* III 315.

- “El evangelio de los sufrimientos”, en *Discursos edificantes para diversos estados de ánimo*, trad. de Leticia Valadez, México: Universidad Iberoamericana, 2018.
- *En la espera de la fe*, trad. de Luis Guerrero y Leticia Valadez, México: Universidad Iberoamericana, 2005.
- “Gilleleje, D. 1° de agosto de 1835”, trad. de Luis Guerrero M., en Luis Guerrero M. *¿Qué significa existir? Ensayos sobre la filosofía de Søren Kierkegaard*, Roma: IF Press, 2017.
- “La confirmación en el hombre interior”, trad. de Christopher Barba Cabrales, *Estudios Kierkegaardianos. Revista de Filosofía*, no. 9, 2023.
- *Temor y temblor*, trad. de Jaime Grinberg, Buenos Aires: Losada, 1985.
- “Tres discursos edificantes (1844)” en *Escritos de Søren Kierkegaard*, Vol. 5, trad. de Darío González, Madrid: Trotta, 2010.
- “Un discurso ocasional” en *Discursos edificantes para diversos estados de ánimo*, trad. de Leticia Valadez, México: Universidad Iberoamericana, 2018.

Otros materiales consultados

- Sagrada Biblia*, Universidad de Navarra, Edición Latinoamericana, Navarra: Eunsa, 2016.
- San Agustín, *Confesiones*, Madrid: Gredos, 2010.
- *de sermone Domini*, citado en Tomás de Aquino, *Catena Aurea*, Londres: Aeterna Press, 2014.
- Bishop Robert Barron, “Give Up the Ego-Drama!” en *Bishop Barron’s Sunday Sermons*, YouTube, 19 de diciembre de 2021, Video. https://youtu.be/4x_bIFDePJY?si=abkxGdChCRMelbAp [consultado el 20 de octubre de 2023].
- “Your Life is Not About You” en *Bishop Barron’s Sunday Sermons*, YouTube, 1 de noviembre de 2020, Video. <https://youtu.be/IGkeOsCpN9g?si=kY814tdsDGObcnMF> [consultado el 15 de octubre de 2023].
- Guerrero M., Luis, *¿Qué significa existir? Ensayos sobre la filosofía de Søren Kierkegaard*, Roma: IF Press, 2017.
- Teresa de Lisieux, *Historia de un alma*, Madrid: San Pablo, 2021.
- Tolkien, J.R.R., *El Señor de los Anillos. III. El Retorno del Rey*, trad. de Matilde Horne y Luis Domènech, Barcelona: Minotauro, 2002.
- “Sobre los cuentos de hadas”, en *Árbol y Hoja y el poema Mitopoeia*, trad. de Julio César Santoyo y José M. Santamaría, Barcelona: Minotauro, 2002.